

Dr. Mauricio B. Rosenbaum



Al iniciar estas líneas sobre la figura de Mauricio Rosenbaum me rodea una atmósfera de pesar y entusiasmo coincidentes.

¿Cómo no experimentar pesar ante la desaparición física? Desde los inicios de la era del hombre, la muerte ha significado una síntesis de lo desconocido, lo inexorable, lo desgarrador ... y tantas otras sensaciones. Un paso hacia su aceptación sin tanta congoja sería considerarla un acto más de la vida, con seguridad el último.

Pese a cualquier razonamiento lógico, la pérdida de un ser querido y querible (eso era Mauricio) provoca un vacío que sólo el tiempo y otros amigos contribuirán a aliviar.

Más interesante en estas circunstancias considero la sensación de entusiasmo y alegría que su recuerdo nos depara.

Vuelva a la memoria colectiva esa figura que aplicaba como nadie el “desdén intelectual” de José Ingenieros hacia todo aquel que no fuera un señor en la vida y un médico cabal en su profesión.

¿Cómo entendía él a un señor médico? Muy sencillo de definir. Un hombre probo, de bajo perfil, perseverante y que en su trayectoria jamás olvidara aquel juramento vinculado a la mítica figura de Hipócrates.

Ello lo hizo aparecer duro e inflexible ante muchos. ¿Qué mejor?

En el transcurso de su vida se produjo el derrumbe social de nuestra comunidad. De pocos pilares de contención dispusieron quienes pretendieron evitar ser arrastrados por esa corriente; él fue uno de ellos.

Por mi parte, tuve la suerte de conocerlo en profundidad a través de muchos otros aspectos personales de relevancia. Disfuté del inigualable privilegio de iniciarme en Cardiología en el Pabellón Inchauspe, bajo la guía de figuras como Blas Moia, Malinow, Álvarez, Manguel, Otero y tantos otros. De aquel entonces recuerdo el estupor ante la información que Rosenbaum extraía (y razonaba) de un electrocardiograma; de allí mi devoción por las sesiones anatómicas que perdura por siempre.

En su labor cotidiana, siempre sereno y aparentemente frío en sus reacciones, era particularmente sensible al requerimiento de colegas y amigos. Ponía énfasis en los más jóvenes o los venidos desde el interior del país, en sus inseguros primeros pasos.

Dos circunstancias muy diferentes me permitieron conocerlo más profundamente y disfrutar de su amistad.

Durante casi 20 años compartimos las plateas 65 y 67 en la fila 13 en Boca Juniors. Habitualmente yo le informaba los últimos aspectos deportivos; él me enseñaba cardiología y conducta. ¿Imaginan la combinación Rosenbaum-Boca?

También fui uno de sus colaboradores en el Comité Científico del Congreso Mundial en Buenos Aires en 1974. Allí compartimos el desdén hacia el manejo político y el asombro ante la lucha por la figuración mediante un prestigio no bien ganado.

En fin, seguramente no he sido su mejor amigo ni su mejor discípulo, pero dejó en mí, como en tantos otros, su impronta de honorabilidad científica y humana que deberemos transmitir a las futuras generaciones.

Como en el final del antiguo cuento, “haz que al morir todos lloren y tú sonrías solo” Mauricio; lo has logrado.

Dr. Carlos A. Bertolasi